

EL PAIS CULTURAL

CIENCIAS, ARTES Y LETRAS • Año III - N° 121

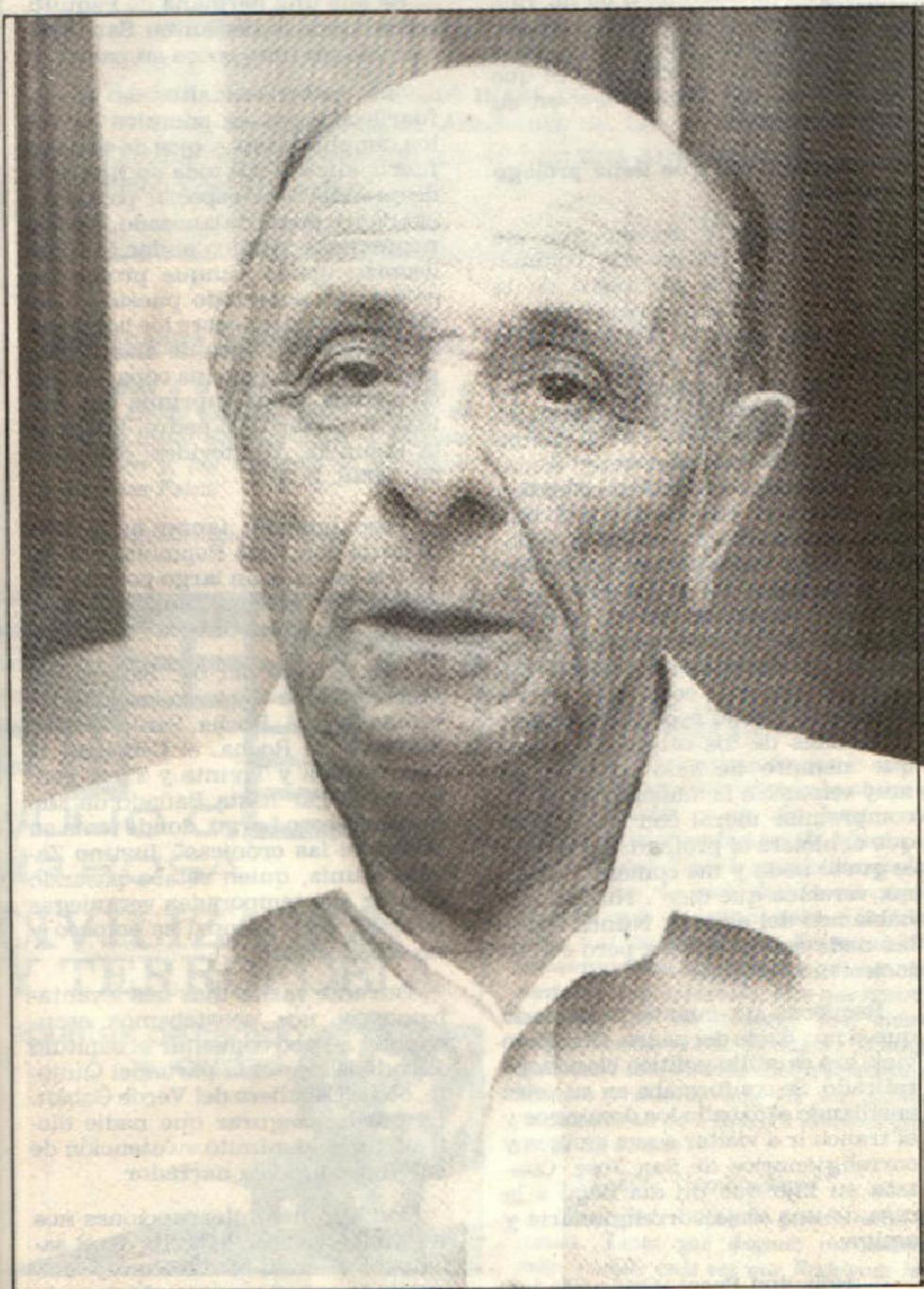
Viernes 28 de febrero de 1992

Con Julio C. Da Rosa

Sueño y retorno de un campesino

EN ESTE
NUMERO

- Manuel Vicent
- Julio C. Da Rosa
- Christy Brown
- André Maurois
- Spirituals
- Tango bailado
- Mujeres del Este



Venido de las entrañas del departamento de Treinta y Tres, donde nació en 1920, Julio C. Da Rosa ha urdido una vasta obra narrativa: medio centenar de cuentos, cuatro novelas y algunos libros testimoniales. De algún modo, sin embargo, todos sus textos respiran un aire testimonial, todos intentan rescatar el ambiente, la atmósfera y el lenguaje de aquella infancia campesina que tuvo que abandonar a los diecinueve años, para siempre, por un Montevideo nunca asumido del todo. Ahora vive en una amplia casa de la avenida Luis A. de Herrera desde donde se ve, al fondo, el Río de la Plata. Un sitio lejos, muy lejos de los campos y los pueblos, de los boliches viejos y los paisanos que pueblan sus ficciones.

Pablo Rocca

"Campo, aquel de mi infancia y maravilla.
Te conservo, te llevo en mi recuerdo.
Ah en mi frente está, allí, verde,
tu orilla"

Juan Cunha: Sueño y retorno de un campesino (1951)

"Yo soy campesino hasta los diecinueve años, hasta 1939, más o menos, fecha en la que me vine para Montevideo. Pero mis recuerdos de campesino están grabados permanentemente en mi memoria y de ellos se nutre lo que escribo. Sobre las cosas de Montevideo nunca pude escribir pese a que he vivido aquí casi toda una vida".

—Usted pasó la niñez en la campaña, luego hizo el liceo en la ciudad de Treinta y Tres. Supongo que allí habrá tomado contacto con alguien o con lecturas que lo estimularan en el oficio de escribir.

"En la escuela era bastante negado en las redacciones famosas. No me salía nada, pero cuando me mandaban alguna 'composición' de deber domiciliario algo arañaba, porque tenía una hermana que era mucho mejor escritora que yo y era quien me las hacía. Pero eso sí: en mi casa se leía permanentemente. Mi padre era hacendado y agricultor,

tenía un establecimiento en la cuarta sección, en un paraje que se conoce con el nombre de Sierras del Yerbal. Era un paisano que sólo tenía segundo año de escuela rural, pero vivía rodeado de libros, leyéndolos y haciéndolos leer a sus hijos. Con él conversaba mucho de literatura, historia y filosofía, como con un compañero de estudios. Especialmente gustaba de la literatura nacional. Puedo decirle que a Zum Felde lo venía leyendo desde que colaboraba en 'El Día' y era un ferudo admirador de Javier de Viana y de Eduardo Acevedo Díaz.

Si bien algo 'ligero de equipaje' como decía Machado, ya me había hecho de un conjunto de lecturas que me hicieron destacar en las clases de idioma español en el liceo. Y fue el director de instituto, don Héctor Cutinella, quien viéndome interesado en la lectura me acercó unos cuantos libros. Recuerdo que él me hizo conocer a Rafael Barrett, que me enloqueció en aquel entonces.

Fui un estudiante mediocre, porque me dediqué intensamente a la militancia gremial y me incorporé al batllismo. Era la época de la dictadura terrista. Fíjese que con el tiempo alcancé a ser diputado por el departamento con la lista 99, cuando recién se fundó. Después me aparté por discrepancias políti-



cas y seguí militando en el batllismo con Renán Rodríguez".

Da Rosa narra fluidamente el complejo entramado familiar que lo vincula con los Saravia blancos y colorados. El último eslabón de tales causalidades hizo que el propio escritor se casara con una descendiente de Aparicio. Señala, a su vez, que su padre colorado (como él mismo) anduvo "entreverado" en la "Revolución de Enero" de 1935. El jovencito que empezaba a leer a Javier de Viana, a Barrett, a Ipuche y Serafín J. García con devoción, distraía sus lecturas en idas y venidas, llevando cartas para los conspiradores.

El aprendizaje del oficio

—¿Cuándo empezó a escribir?

"Incitado por esta gente cercana empecé a escribir poesías de amor. Todavía quedan testigos, y entre ellos mi mujer, del desastre que fue aquello. Felizmente nunca publiqué nada en libro. Redacté, también, una pieza de teatro que se estrenó en 1949, pero un día me di cuenta que no iba ni con la poesía ni con el drama y me puse a escribir narraciones. En eso fui influido por Javier de Viana y por Serafín J. García, a quien sin embargo no conocí hasta que me vine a Montevideo, si bien más adelante nos hicimos grandes amigos.

De esos primeros cuentos rurales tengo una anécdota muy querida. Mi padre vivía en el campo cuando yo andaba por Treinta y Tres; una mañana bien temprano de visita en casa, entre mate y mate, le dije que quería consultarlo sobre un cuento inédito de Viana que había encontrado en la Biblioteca del liceo.

—¿Ah sí —me dijo—, bueno, tráelo".

Se lo acerqué y estuvo más o menos quince minutos leyendo. Yo en ascuas esperando la respuesta. Cuando terminó siguió mateando sin decir palabra. Hasta que no me aguanté y le pregunté qué le había parecido. El viejo me miró de reojo y me dijo:

—Mirá, si eso es de Javier de Viana debe ser lo peor que escribió en toda su vida".

Los caminos de un discípulo

Encerrados en el pequeño escritorio circundado de libros ("No todos porque el hijo y los nietos han dado cuenta de varios",

comenta con orgullo), la plácida mañana de domingo corre silenciosa.

Detrás de mi interlocutor un gran retrato de Domingo Arena preside la salida. Su cara ceñuda y bonachona no parece entender.

"Seguí porfiando hasta los veintitantos que fue cuando me encontré con Morosoli. 'Amigo Da Rosa. Lo primero tiene que ser lo primero. No me diga más «maestro» porque nos vamos a llevar mal. No. Escribo cuentos. Y nada más. Le gustan a Ud., me alegra. Todo está en el paisaje y en el hombre y como todos los hombres son novelables y todo paisaje

tiene algo de los hombres que lo caminan, salen cuentos. Y nada más.

Sería cuestión de calentar una silla charlando con Ud... Yo creo pues eso sería lindo. O mejor charlar bajo un árbol, al lado de una cañada de estas de mi pueblo, que uno no sabe si son barullentas o rezadoras (...)" (Carta de Juan José Morosoli a J. C. D. R.)

Inicialmente se trató de un conocimiento literario, lo primero que leí de él fue Los albañiles de los tapes".

—La primera edición, aquella de la Sociedad de amigos del libro rioplatense, de tapas amarillas.

"Esa misma. Fue de casualidad, porque yo estaba leyendo algunos cuentos de Morosoli que salían en el suplemento dominical de 'El Día' pero no me llamaban demasiado la atención. La llaneza, la sencillez para hablar de los personajes en Los albañiles... me cautivó. Seguí luego con Hombres, después con Hombres y mujeres, y ahí no me contuve más, le escribí una carta y le envié tres o cuatro cuentos. Luego tuve contacto personal con él en Minas y en Montevideo y un tiempo más tarde me hice muy amigo de su concañado, el gran escritor Santiago Dossetti. Morosoli seleccionó un cuento de aquellos, y ése fue el primero que publiqué en la revista Asir".

Espínola: el maestro celoso



Paco Espínola. Liceo Departamental de Cerro Largo, 1969

"Aquella valentía literaria que Espínola demuestra en *Sombras sobre la tierra* en el tratamiento del prostíbulo, no sólo me trajo remembranzas de mi vida prostibularia en Treinta y Tres, sino que también me pareció muy bien enfocado. El primer libro que leí de Paco fue *Raza Ciega*, en su primera edición".

—La de 1926 que tiene prólogo de Ipuche.

"Sí, exacto. Y créame que ese libro estaba entre los 200 volúmenes que tenía la biblioteca de la escuela rural a la que concurrí.

Cuando vine a Montevideo le mandé mis libros y ahí trabamos una relación personal. Alguna vez fue a Asir pero en ese momento yo no lo traté demasiado. Con el tiempo hicimos una amistad muy linda, nos visitábamos, tomábamos mate y proseábamos. Un día ocurrió una cosa que a mí me dolió mucho. Cuando yo tenía los originales del libro *De sol a sol* él los miró y se entusiasmó de tal forma que fui durante un mes a su casa para leerlos y comentarlos juntos. Me sugería alguna cosa que debía agregarle y todo eso. Terminamos el análisis de los originales y yo, que siempre he sido un hombre muy sensible a la amistad, tenía un compromiso moral con Visca para que él hiciera el prólogo. A Paco no le gustó nada y me comentó: "Bueno, veremos qué dice". Nunca más hablamos del asunto. Nunca escribió nada sobre mi obra pero seguimos siendo amigos.

Recuerdo un cuento muy lindo que él nos hacía del padre. Don Paco viejo era caudillo político blanco, ya retirado. Se conformaba en su vejez ensillando el caballo los domingos y al tranco ir a visitar a sus amigos y correligionarios de San José. Contaba su hijo que un día llegó a la casa de una vieja correligionaria y amiga.

—¡Hola don Paco! ¿Qué anda haciendo por aquí?

—Y aquí me vé, sacudiendo la modorra.

Entonces la vieja murmuró:

—Este don Paco, siempre zafado.

Sé que una hermana de Paquito, como todos le decían en San José, escribió un libro sobre su padre.

"Mi padre era alto, de ancho, fuerte cuerpo, de pómulos salientes, amplia frente y ojos de tierna y fuerte mirada. De toda su figura se desprendía una especial particularidad: un lento, balanceado, permanentemente rítmico andar (...) un despreocupado aunque prolijo desaliño, un sobretodo puesto en invierno sin calzar sobre los hombros, un sombrero negro de alas ligeramente anchas y de una copa a la que él con sus dedos imprimía una forma particular" (Mi padre, Enrique Espínola, Montevideo: Edit. Eji-do, 1968, p. 46).

Pero también tengo mi propia historia con Paco Espínola, porque un día hicimos un largo periplo con Esteban F. Campal, su hijo, Paco, mi hijo (Juan Justino Da Rosa) y yo.

Fue a fines del 67. Salimos de Montevideo e hicimos escalas en Minas, Aiguá, Rocha, Santa Teresa, Bañados de Rocha, el Cebollatí, la Charqueada y Treinta y Tres. Pensamos llegar hasta Bañado de Medina en Cerro Largo, donde tenía su "Casa de las crónicas" Justino Zavala Muniz, quien estaba pasando una de sus temporadas veraniegas por ahí, pero Campal se empacó y no quiso seguir.

Durante varios días nos levantábamos y nos acostábamos escuchando a Paco comentar el capítulo XVI de la Segunda parte del Quijote, el del Caballero del Verde Gabán. La puedo asegurar que nadie distrajo un solo minuto su atención de aquel prodigio de narrador.

Con algunas interrupciones nos seguimos viendo, lo visité en el sanatorio cuando andaba muy embromado por el cigarro: el tabaco lo mató". ■

Todos los libros

Cuentos

Cuesta arriba (1952)
De sol a sol (1955)
Camino adentro (1959)
Cuentos completos (1966; reúne los tres anteriores; 2ª edic.: 1972)
Caminos (1978)

Relatos para niños

Buscabichos (1970)
Gurises y pájaros (1973)

Novelas y relatos largos

Juan de los desamparados (1961)
Ratos de padre (1968)
Rancho amargo (1969)
Tiempos de negros (1977)
Mundo chico (1975)
Rumbo sur (1980)

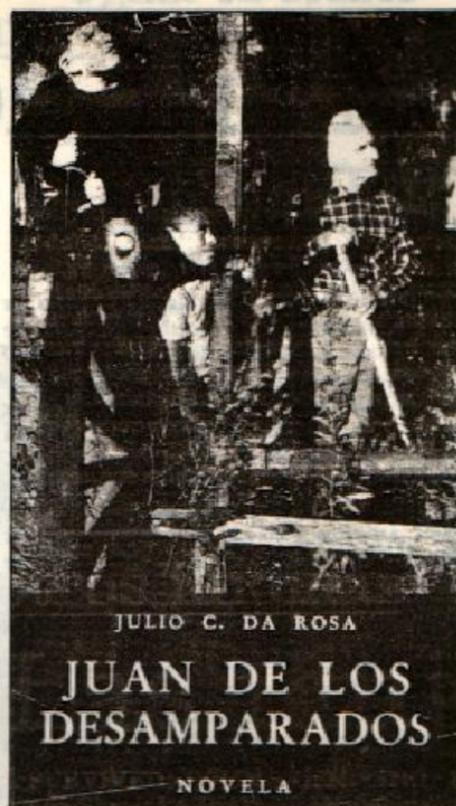
Testimonio

Recuerdo de Treinta y Tres (1961)
Lejano pago (1970)

Ensayo

Civilización y terrofofia. Apuntes de campo y ciudad (1968)

Da Rosa colaboró activamente en la revista **Asir** entre 1950 y 1959. También escribió para **Marcha**, **El País**, la **Revista Nacional** y publicó notas políticas en **El Día**. Desde 1970 es miembro de la Academia de Letras del Uruguay. Compiló en colaboración con su hijo una **Antología del cuento criollo del Uruguay**.



negal o Benedetti hablaron de mi obra destacaron sólo 'Hombre flauta', ignorando el resto, que es bastante gordo'.

"Criollistas" y "cosmopolitas"

—Usted cuando oye hablar de la "generación del 45"...

"No sé si le dije que yo me creo un poco la oveja negra de esa generación, por una cantidad de razones. Primero porque estaba integrada por hombres muy estudiosos, muy doctos en varios casos, y yo era un canario. En segundo lugar, en medio de una generación de periodistas y críticos literarios, yo nunca fui ni una cosa ni la otra. Después estaba eso del 'parricidio'; yo no toleraba que se negase a Serafín J. García, ni a Pedro Leandro Ipuche, etcétera. Por último, porque nunca admití que se menospreciara a la literatura criollista.

El contrapunto 'regionalismo'/'universalismo' siempre me pareció, como decía Vaz Ferreira, un 'paralogismo de falsa oposición'. Fíjese que Cien años de soledad se desarrolla en un pueblito de miercoles, que por más que lo haya inventado García Márquez tiene mucho de color local".

—Mario Arregui no pensaba lo mismo, y eso que hacía literatura de atmósfera rural.

"El fue otro de los férreos enemigos del criollismo. Recuerdo que una vez Wilfredo Penco nos hizo una entrevista, por separado, a Arregui y a mí para la revista Noticias. Lo peor de todo fue que las respuestas salieron apareadas, y pese a que al número siguiente apareció una rectificación, allí salí diciendo (sin haberlo soñado) que la primera novela que se escribió en el Uruguay la hizo un gringo. Por La tierra purpúrea, de Hudson. Y el vasco Arregui, que era un tipo bárbaro y muy calentón, debió haberse cansado de putear por haberse 'adueñado' de mis defensas del criollismo".

—¿Y no le parece que Hudson es un poco el fundador de nuestra narrativa?

"Pero no. A mí me gusta Hudson, pero no lo vamos a poner por encima de Acevedo

Díaz. Conste que los cuentos de Arregui también me gustan mucho".

—¿Por qué esa resistencia a lo urbano y a las técnicas narrativas e incluso a las formas que no se circunscriban a los cánones realistas?

"Yo fui campesino de verdad. No solamente absorbí la atmósfera rural sino que hice todas las tareas del campo, y las sé hacer todavía: alambrear, arar, cosechar, plantar, tropear, bañar hacienda, montar, picar leña. Todo lo hice. Y la escuela me como un destape de aquello que había perdido, una forma de recuperarlo. Montevideo significó un choque muy fuerte para mi sensibilidad. Pero ya en Treinta y Tres me sentí algo aislado entre otras cosas porque no es asunto sólo de la capital el desprecio al campesino, también los puebleros lo hacen. Los gurises sobre todo. Cuando yo entré a la escuela del pueblo no sabe lo que sufrí".

Una polémica callada

—Todos esos asuntos los ha relatado en sus libros testimoniales y también se le filtraron en multitud de cuentos y, especialmente, en la voluminosa novela **Mundo chico**. Pero hay un libro bastante curioso dentro de su producción, **Civilización y terrofofia**. Apuntes de campo y ciudad. ¿Ese libro no fue escrito como una réplica implícita al ensayo de Mario Benedetti, **El país de la cola de paja**?

"Cuando mi amigo Enrique Erro (a quien me unieron más discrepancias que afinidades) se quedó sin cuentas políticas andaba muy jodido económicamente. Así fue que fundó la editorial "Diálogo". Yo había dado una serie de charlas por radio oficial sobre las diferencias entre el Interior y Montevideo. Erro me solicitó que se las diera para publicar y lo hice luego de reescribirlas.

Se que es un libro muy polémico, en particular para la gente de Montevideo; tal vez se me fue un poco la mano. En cuanto a si fue una réplica al libro de Benedetti, puede haber algo de eso. A mí no me gustó ese libro, aunque reconozco que tiene pasajes muy lindos y está, como todo lo de Benedetti, muy bien escrito. Entre otras cosas me parece que no es el 'país' lo que Benedetti refleja sino la mentalidad del montevidiano. Yo elegí el camino inverso, partí del campo y establecí una comparación entre los dos tipos humanos, el de tierra adentro y el de la ciudad".

—En esa reversión de la mirada ¿no cree que usted mismo cayó en un planteo esquemático?

"Puede ser, cómo no. Le aclaré que se trataba de un libro polémico".

—En una conversación telefónica que tuvimos hace unos meses le comenté que estaba tratando de analizar la desaparición del relato rural en el Uruguay, y usted me dijo que el asunto lo tenía muy preocupado ¿Se siente un solitario o un sobreviviente de tal forma de escritura?

"Sí señor. Yo creo que tal desaparición es un poco la influencia de la crítica, otro tanto que la gente del campo se va para las ciudades, en su mayoría a Montevideo. Pero últimamente hay dos o tres escritores que están con el tema rural aunque no como lo hacíamos nosotros. Para mí están en eso Mario Delgado y Tomás de Mattos. De los cuarenta años de edad para abajo si le aseguro que me alarma, porque no se ve a nadie que esté en lo nuestro". ■

Guerras entre "números" y "asirios"

"Conocí a la gente del grupo **Asir**, a Bordoli, Guido Castillo, Arturo S. Visca, de a ratos a Eliseo Salvador Porta, a Dionisio Trillo Pays y, por supuesto, al inolvidable poeta **Líber Falco**".

—A quien dedicó su libro de cuentos

"De sol a sol", editado el mismo año de su muerte, 1955.

"En efecto, porque **Falco** fue muy importante para todos nosotros.

En la casa de Bordoli, en la calle Coquimbo, hicimos una especie de Academia criolla e informal, con mate, caña, cigarro, tango y guitarra. Esa 'escuela' me sirvió de mucho, porque con ellos mucho aprendí. Casi toda la noche se hablaba de literatura. Apenas conocí a Washington Lockhart porque vivía (y vive) en Mercedes, pero fue el 'alma mater' de la revista".

—La relación con el grupo **Número** no era demasiado buena que se diga.

"Justamente me organizaba en uno de los concursos que **Asir** organizaba obtuve un segundo premio, y eso dio lugar a una polémica con los redactores de **Marcha**, en momentos que dirigía la sección literaria José E. Etcheverry. La gente de **Número** cargaba las tintas en la divergencia entre el 'regionalismo' y el 'universalismo', ellos tenían reservas sobre lo campero y, además, eran parricidas muy a menudo, cosa que nosotros no. Mire que sin embargo eran íntimos amigos, bueno, o casi. Rodríguez Monegal, Benedetti e Idea Vilariño hacían la sección de **Marcha**, y más de una vez me pidieron colaboraciones para aquellos números gruesos de fin de año".

—Así salió "Hombre flauta".

"Es verdad. A ellos les gustó mucho ese cuento. Tanto que después me hicieron daño, porque cada vez que Rodríguez Mo-

